

HOY, DÍA DEL EMIGRANTE

35.220 españoles emigraron a América en 1959

Más del 50 por 100 regresaron por sus propios medios o repatriados

Dos familias madrileñas tratan de abrirse camino al retornar a la capital

Hoy celebra la Iglesia el Día del Emigrante, una fecha que—son palabras del actual Pontífice—une a todos los católicos del mundo en el nobilísimo empeño de lograr que todos los emigrados sean mensajeros de la paz y del bien, prestigio de la patria que los despide y aportación espléndida para el país que los acoge.

EMIGRAR ES ADQUIRIR UN BILLETE DE IDA Y VUELTA

Cierto que no todos vuelven, ni todos fracasan, ni todos los que regresan conocen el regusto amargo de la derrota. Mas va siendo hora de comprender la realidad y de enfrentarse con ella: tampoco todos triunfan, retornan a la patria convertidos en ricos "indianos", ni siquiera los que levantan un hogar, libre de angustias, en suelo extranjero. Emigrar es como adquirir un billete de ida y vuelta. Al zarpar el barco nunca se sabe si habremos de utilizar la segunda parte del billete para volver a la "tierruca" con el cántaro roto. Al zarpar sólo hay certeza de que comienza una aventura difícil, en la que va a exigirse del hombre decisión, esfuerzo, realismo para aceptar lo que venga y una buena dosis de esperanza.

Algo de esto—mucho quizá—sabe las familias que regresan a España con frecuencia. Más de 19.000 personas (exactamente 19.100) retornaron por sus propios medios durante 1959. Otras 650 fueron repatriadas por el Estado. En conjunto, más del 50 por 100 de las que partieron rumbo a América en busca de una vida más cómoda o, simplemente, más humana. Hoy he hablado con dos de estas familias. Son gentes que, de un modo u otro, pensaron en España cuando las cañas se tornaron lanzas en las Américas. Liáronse a la cabeza la manta de la decisión y otra vez están aquí, tratando de reestructurar su vida, de encontrar piso, de acopiarse nuevamente al ambiente que dejaron atrás al levantarse el telón de la aventura.

LA FAMILIA REGRESO DEL URUGUAY

Ella y él componen la familia. Jóvenes aún, diríase que mantienen la esperanza de los hijos que no fueron enviados. Ella, doña Mercedes García (su marido, don Gregorio Plaza Benito, está ausente por razón del trabajo); ella, digo, conoce bien lo que es lanzarse a la nueva tierra para más tarde renunciar a algunos sueños y aceptar, por último, las cosas según vienen dadas.

—Hemos vuelto... porque éramos libres de hacerlo o no. Nada nos sujetaba allá. No somos ricos ni pobres. Vivimos de nuestro trabajo, y cuando el trabajo da para

ir viviendo es lo mismo estar aquí que allí.

Luego, lo de siempre: la familia que quedó en Madrid, los sentimientos, los amigos. También esa "tierra" que se hace canto de sirena cuando estamos lejos. Todo influye en el regreso.

—Venimos de Uruguay. Antes estuvimos en el Brasil. En total, casi diez años fuera de España. Ha sido una vida sencilla, cómoda seguramente, pero a base de nuestro trabajo diario. Al final, ya lo ve usted: pocos son los que hacen millones honradamente. Montevideo tiene un nivel de vida algo más alto, pero nada más.

Curiosidad: este matrimonio participó en la fundación del Club Madrileño en la capital uruguaya. Cuenta doña Mercedes que gracias a él Madrid estaba presente casi siempre. En el club había unos doscientos socios. Todos de los Madriles.

—¿Y ahora, doña Mercedes...?

—Ahora... más trabajo y otra vez vida sin complicaciones. Mi marido ya ha encontrado empleo. Es pintor de coches, y con esto vivimos. Nos falta, sin embargo, la vivienda. Eso es más difícil...

VIENEN DEL BRASIL SIN TRABAJO

Si, he ahí el problema: vivienda, adaptación, renuncia... Y trabajo. Sobre todo trabajo. A la familia de Salvador Castaño Benayas le falta todo eso. Salvador es pintor y electricista. Anda buscando lo que salga dentro de estos oficios que domina. Ella y él forman una joven familia. Carmina, una chiquilla de pocos años, que nació en Brasil, completa el trío. Todos regresaron hace escasamente un mes. He hablado con ellos en el segundo piso de la casa número 8 de San Cayetano, allí donde el turismo saborea el viejo Madrid que se agrieta entre ropa tendida y patios cortales.

—No nos iba mal, ¿sabe?, y hasta pudimos ahorrar alguna peseta. Pero mi marido enfermó y ya vino todo rodado.

Tuvieron que desistir y regresaron. Cuando el clima se pone de uñas no hay nada que hacer. Salvador no podía tomar la brocha sin peligro para su hígado enfermo. Hubo que solicitar la repatriación a cargo del Estado, como en buen número de casos.

—Y ahora, ya lo ve. Cada día mi marido sale a ver si encuentra algo. Estamos mirando entre las amistades, en la Oficina de Colocación, en todas partes. No sé qué va a pasar...

Punto final a la charla. Vuelvo a las castizas calles del castizo Madrid. La imagen cambiante del «cara y cruz» del emigrante da vueltas en mi cabeza como un torbellino. Creo que la pluma se mueve dolorida, queriendo decir algo que llegue a la conciencia de todos. Son 35.220 los españoles que emigraron a América en 1959. Son 19.750 los que han vuelto. ¿Cuántos tendrán la vida de espalda en estos momentos? Guardo las notas. Me gustaría saber que al gran Madrid que bulle alegre y confiado cerca de San Cayetano le preocupa también esta pregunta.

Enrique CUBILES